

## El caso Pinochet

# Más temprano que tarde...

TONI COMÍN

¿Quién había olvidado la alocución radiofónica de Allende el 11 de setiembre de 1973, instantes antes de su suicidio? Nadie. Fue uno de los más impresionantes cantos a la esperanza que haya dado nuestra época. “Más temprano que tarde se abrirán las grandes alamedas por donde pase el hombre libre para construir una sociedad mejor.” Su voz fue, en aquel momento, el símbolo mismo de la grandeza humana y de los ideales nobles, hablaba para el futuro. Raras veces, las profecías, al cumplirse, son tan bellas como las palabras de sus profetas. Pero esta vez parece que sí. Aquel médico chileno, que lideró el primer intento de construir una “sociedad socialista” desde un poder político conquistado democráticamente, acertó. Indudablemente acertó. Más tarde que temprano, más temprano que tarde, Pinochet ha sido detenido, ha llegado la justicia, que no la venganza, y el mundo se ha alegrado por ella. Durante estos días han corrido ríos de tinta con las palabras y las lágrimas que los hombres y mujeres usan sólo en los días de fiesta grande: justicia, memoria, humanidad...

Sin embargo, no decimos que Allende acertara porque Pinochet haya sido detenido. Si decimos que acertó es por algunas de las circunstancias que han acompañado esta detención y que pueden ser leídas, legítimamente, como una reivindicación y como un homenaje de la historia al significado político de aquel presidente socialista. Allende quiso superar el capitalismo desde la democracia. Toda su lucha política estuvo fundamentada en la convicción de que la justicia social sólo se podía construir a partir de las libertades políticas, pero que, igualmente, sólo se podría levantar en contra del capitalismo.

En 1998 llevábamos diez años de globalización capitalista, de retirada de las utopías sociales, de expansión de los frutos de la victoria norteamericana en la Guerra Fría. Y nadie nunca había salido a la plaza de su ciudad a festejar la desaparición de las barreras comerciales entre dos países, por ejemplo. Sin embargo, de pronto, gracias a una detención inesperada, nos ha parecido que habían caído las barreras jurídicas entre Estados. A la globalización económica, de pronto, se ha superpuesto la globalización de la justicia, es decir, la de los derechos humanos más elementales. Y las plazas de la ciudad se han llenado inmediatamente de júbilo y de emoción. Sabíamos que las multinacionales tenían más poder que los Estados. Lo que no nos imaginábamos es que los derechos humanos también pudieran tenerlo. Pero ahora lo hemos visto: hemos visto la justicia por encima de los Estados. Gracias a esto, ahora el clamor por el establecimiento de un Tribunal Penal Internacional es ya unánime, y no podía tener mejor padrino que las gafas y el bigote de Allende. El caso Pinochet nos ha permitido ver encarnado lo que hasta ayer nos parecía sólo un deseo bientencionado: el principio de justicia universal. Y es ahí, sólo ahí, donde la humanidad puede sentirse una.

No queremos hacer poesía sino frío análisis político –aunque, en honda verdad, van juntos–. Queremos decir que no es casualidad que la recuperación de la humanidad como sujeto jurídico universal haya venido de la mano de la memoria de Allende, un demócrata socialista. No es casualidad que la visualización más contundente de los derechos humanos, justo en el cincuentenario de su proclamación, haya venido de la mano de la detención de un militar que fue el más aventajado de los alumnos de Milton Friedman, el padre del neoliberalismo. En plena globalización económica, el capitalismo ya hacía días que nos parecía cada vez más claramente como una realidad incompatible con algunos

derechos humanos fundamentales, con la igualdad, la fraternidad y la justicia social, con la verdadera democracia y con unas relaciones sociales dominadas por la calidez humana. Y, precisamente, cuando los derechos humanos han vuelto espectacularmente lo han hecho de la mano de alguien que, como Allende, encarna mejor que nadie este rechazo al capitalismo en pos de la democracia. Ahora se entiende que la experiencia socialista chilena de Allende tenga, en más de un sentido, un valor universal.

El establecimiento de una justicia penal internacional contra el genocidio es, de algún modo, como una primerísima piedra de un lejano, futuro, soñado Estado universal. Las grandes alamedas que se están abriendo estos días son, de alguna manera, las de esta humanidad una que se organiza en base a una única justicia –y, por lo tanto, una única política– mundial. Es este motivo –y no la detención del dictador– el que nos permite decir que Allende

---

Gracias a una detención inesperada, han caído las barreras jurídicas entre Estados. Se ha superpuesto la globalización de la justicia

---

acertó, como aciertan los profetas. Porque pensar en un socialismo no capitalista democrático y pensar en un Estado mundial, aunque no sean lo mismo, es, en realidad, pensar en una misma dirección. Algunos datos de estos días confirman parcialmente esta arriesgada perspectiva global aquí apuntada. Por ejemplo, los EE.UU. nos han dado una sorpresa impensable: desde el corazón mismo del imperio, desde su secretaría de Estado, se reconoce, finalmente, que el imperio atentó contra la democracia. Habrá que acabar reconociendo que el capitalismo, a veces, se alía con el fascismo, y que, en Chile, en 1973, la democracia estaba del lado del socialismo. Como ha dicho alguien ¿para cuando la extradición de Kissinger? Aprovechemos este proceso judicial a Pinochet para hacerle el proceso político al imperio de los años de la Guerra Fría. Y para explicar que el capital sólo respeta a la democracia cuando le interesa.

Otro dato. Pinochet, en su “testamento político” nos explica una vez más que su golpe tuvo por misión salvar la civilización cristiana de las garras del marxismo y de su filosofía materialista de la vida. Olvida –este hombre parece ser pura desmemoria– como mínimo dos cosas. Olvida, primero, que los cristianos por el socialismo nacieron precisamente en Chile, al calor de la presidencia de Allende, y que en ellos el socialismo se hizo espiritual y el cristianismo se hizo social. Olvida, luego, lo que todos sabemos: que no ha habido filosofía social más materialista en el siglo XX que el neoliberalismo, una filosofía social encubierta bajo el disfraz de una teoría económica, que en el Chile de Pinochet encontró su más perfecta realización. El neoliberalismo es el paradigma de la reducción del ciudadano a consumidor, de reducción la sociedad a mercado, y de la libertad, de la noble libertad, a la mera libertad del título de Friedman, la triste “libertad de elegir” en el mercado.

Allende pudo pronunciar aquellas palabras, aun sabiendo que instantes después iba a suicidarse, a dar su vida para dejar constancia de su fidelidad a su propia apuesta. O las pudo pronunciar precisamente por esto. Porque sabía que la historia estaba de su lado, es decir, que con él estaba el corazón de los hombres. □